

<https://info.nodo50.org/No-vivimos-una-crisis-de-direccion-del-proletariado-sino-una-crisis-del-propio.htm>  
↓



# No vivimos una «crisis de dirección del proletariado», sino una crisis del propio proletariado



- Noticias - Noticias Destacadas -

Fecha de publicación en línea: Sábado 13 de enero de 2024

---

Copyright © Nodo50 - Todos derechos reservados

---

**En el contexto de las transformaciones ocurridas desde finales del siglo XX, es crucial enfocarse en la crisis subjetiva de la clase trabajadora, resaltando la importancia de reconstruir la conciencia de clase y la voluntad de lucha en un entorno caracterizado por la fragmentación, la precariedad laboral y la desconfianza.**

La idea de la crisis de dirección del proletariado es uno de los paradigmas fundamentales de las corrientes trotskistas. Es uno de los ejes del *Programa de Transición* adoptado en la fundación de la IV Internacional en 1938. Desde entonces, prácticamente todas las organizaciones que reivindican la tradición de León Trotsky se han construido sobre esa base. Junto con la idea de crisis de dirección viene también la estrategia de su superación positiva. En este artículo, planteamos la hipótesis de que este concepto -la crisis de dirección del proletariado- ya no se corresponde con la realidad. Es necesario un nuevo enfoque, que no sólo sea capaz de explicar la ausencia de revoluciones socialistas victoriosas desde mediados de los años 70, sino también de señalar el camino de salida.

## ¿En qué consiste la crisis de dirección del proletariado?

No cabe duda de que se trata de una de las ideas centrales del trotskismo. *El Programa de Transición* comienza con la [siguiente frase](#): «La característica fundamental de la situación política mundial en su conjunto es la crisis de dirección del proletariado». Todo parte de ahí. ¿Qué tenía Trotsky en mente? Veamos.

Trotsky escribía en 1938. La revolución rusa celebraba entonces su 21º aniversario. La explosión revolucionaria de finales de la década de 1910 y principios de la de 1920, aunque ya se había apagado, aún proyectaba sus ecos tardíos sobre la lucha de clases mundial. Como resultado de la enorme victoria de 1917, la III Internacional se había convertido en una organización de masas. Los partidos comunistas contaban con decenas -en algunos casos centenares- de miles de militantes activos y disciplinados, que penetraban con su acción en el corazón mismo de las masas, con un amplio y profundo trabajo de base. Sindicatos, asociaciones, clubes obreros, centros culturales, universidades, ciencias, artes, todo o casi todo era tocado por la influencia de los comunistas, herederos de Lenin y representantes de un grandioso experimento socialista que se estaba llevando a cabo en el país más grande de la tierra (en la posguerra, el experimento socialista cubriría un tercio de la superficie terrestre). El socialismo estaba en el horizonte político inmediato; era un tema discutido a diario por las grandes masas. El fascismo crecía en todo el mundo, es cierto, pero sólo como respuesta al peligro de la revolución socialista.

Además de los comunistas, estaban los socialdemócratas. Rivalizaban con los comunistas y también influían en millones de trabajadores. Eran, de hecho, los líderes más antiguos y tradicionales, herederos de la gloriosa tradición alemana. Gobernaban países y regiones y tenían un enorme peso en diversos parlamentos europeos.

El movimiento obrero —uniforme, homogéneo y disciplinado— seguía fielmente su liderazgo, ya fuera comunista o socialdemócrata. Las consignas lanzadas por las organizaciones obreras tenían el significado de una orden. Movían a grandes masas a tal o cual lucha, determinaban hasta dónde llegaría la acción.

Pero había una contradicción: en la propia URSS —la patria socialista que crecía y se fortalecía espectacularmente— se estaba produciendo una contrarrevolución política. Una dirección que representaba los intereses de una burocracia naciente había tomado el poder, eliminado físicamente a la vieja guardia bolchevique e

implantado un régimen contrarrevolucionario basado en la teoría del socialismo en un solo país. Para ello, la democracia obrera en los soviets y el Partido Bolchevique había sido anulada en favor de un régimen tiránico que perseguía no sólo a los opositores, sino incluso a sus fundadores y partidarios más leales.

¿Cómo fue posible? Por supuesto, el control del aparato del partido bolchevique y del Estado soviético desempeñó su papel, al igual que las maniobras internas y la simple violencia política. Pero eso no es todo. La burocracia estalinista representaba una nueva correlación de fuerzas, una nueva conciencia y una nueva disposición de las masas soviéticas. Hubo tres revoluciones (1905, febrero de 1917 y octubre de 1917) y cuatro guerras (la guerra ruso-japonesa de 1905, la Primera Guerra Mundial de 1914-1917, la Guerra Civil de 1918-1921 y la guerra ruso-polaca de 1922). A esto hay que añadir la convulsión que supuso la expropiación del campo a partir de 1928, con su profunda violencia y cientos de miles de víctimas y desplazados. Teníamos entonces la tormenta perfecta, el escenario ideal para el ascenso del estalinismo: nadie aguantaba más. Stalin recogió este sentimiento y formuló su programa: «¡Basta de aventuras! ¡Construyamos el socialismo en la URSS! Tenemos mucho que hacer aquí!» No hay que subestimar el precio que Trotsky pagó por elaborar y difundir la simple verdad de que, si permanecía aislada, la URSS se derrumbaría inevitablemente. «¡Aventurero! ¡Irresponsable! No cree en el potencial del pueblo soviético!» Si todavía hoy vemos este tipo de acusaciones contra Trotsky en YouTube, después de que la URSS quebrara exactamente por las razones que él señaló, ¡imagínense cómo era en los años 20 y 30!

El hecho es que el estalinismo triunfó. Y no sólo en la URSS. Habiendo ganado la lucha interna en la Unión Soviética y cabalgando internacionalmente sobre la autoridad de la Revolución de Octubre, la fracción estalinista se convirtió en la dirección indiscutible de la III Internacional. Los partidos comunistas de todo el mundo fueron «depurados». Trotskistas, bujarinistas y opositores en general fueron eliminados de las direcciones nacionales. Los partidos comunistas fueron primero «bolchevizados» (control estricto por parte de Moscú), y luego «proletarizados» (se eliminó cualquier pensamiento crítico por considerarlo una desviación «pequeñoburguesa» e «intelectual»). Pero no perdieron su relación con las masas. Continuaron dirigiendo y moviendo a millones.

De esta forma, la contradicción anterior (ecos de la lucha revolucionaria de 1917 frente a la contrarrevolución estalinista) se transmutó en una nueva: por un lado, el mundo estaba objetivamente preparado para la revolución socialista; por otro, se había producido una gran regresión subjetiva (de conciencia) en la clase obrera. El proletariado ya no seguía una dirección revolucionaria, sino burocrática, conservadora, nacionalista y contrarrevolucionaria (aplicaba métodos de contrarrevolución violenta dentro de la URSS).

La socialdemocracia no fue una excepción. Al convertirse en parte orgánica del Estado burgués, con sus primeros ministros, alcaldes, gobernadores y enormes bancadas parlamentarias, se convirtió en representante de la burguesía dentro del movimiento obrero. Utilizó toda su autoridad en el proletariado para desviar y domesticar las luchas, orientándolas hacia el callejón sin salida del respeto a la institucionalidad y al calendario electoral. Su apoyo a la Primera Guerra Mundial en 1914 y su traición a la Revolución Alemana de 1918-1919 fueron sólo el principio de su periplo reformista. Siguieron muchas otras traiciones.

Este es el panorama que Trotsky trazó en 1938: «Todo depende del proletariado y, sobre todo, de su vanguardia revolucionaria. La crisis histórica de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria».

Así que entendamos el concepto: la crisis de dirección del proletariado es una contradicción entre la voluntad de las masas de luchar por la revolución y su dirección traidora, burocrática o reformista que se niega a llevar las luchas que dirige hasta las últimas consecuencias. Veamos: «En todos los países, el proletariado es sacudido por profundas angustias. Masas de millones de hombres se ponen constantemente en camino hacia la revolución. Pero en cada una de estas ocasiones, tropiezan con sus propios aparatos burocráticos conservadores». A partir de ahí, Trotsky nos da una serie de ejemplos de luchas en las que el proletariado intentó ir más lejos en su acción revolucionaria, pero fue engañado y desviado por su dirección burocrática: la revolución española de 1931-1938,

Francia en 1936, el prodigioso crecimiento del movimiento sindical en Estados Unidos en la misma época. Según Trotsky, los Frentes Populares, es decir, los gobiernos de colaboración de clases, eran también una respuesta temprana de las direcciones traidoras y de la burguesía al peligro de la revolución, los «últimos recursos políticos del imperialismo en la lucha contra la revolución proletaria», según sus palabras exactas.

¿Cómo superar o resolver esta crisis de dirección? La respuesta era relativamente sencilla, aunque dramáticamente difícil en la práctica: destruyendo políticamente a los reformistas y estalinistas y conquistando la hegemonía entre las masas. Trotsky creía que la Segunda Guerra Mundial tendría para los verdaderos revolucionarios un efecto similar al que tuvo en su época la Primera Guerra Mundial: permitiría la sustitución de una dirección por otra, la superación histórica de la crisis de dirección. Así ocurrió en 1914-1917, cuando los comunistas superaron a los socialdemócratas. Se repetiría, creía Trotsky, en los años venideros. Pero para ello sería necesaria una lucha encarnizada en el seno del movimiento obrero.

## ¿Por qué esta idea era correcta e históricamente importante?

Básicamente porque, cuando se analizan algunos procesos históricos concretos, se corresponde con la realidad. ¿Qué podemos decir, por ejemplo, de la Revolución China de 1927, en la que el Partido Comunista de China, por orden de Stalin, se disolvió dentro del Kuomintang, el movimiento nacionalista burgués de liberación nacional? De hecho, en este proceso, la iniciativa revolucionaria de las masas fue sofocada y distorsionada por la dirección estalinista: pidieron a los obreros chinos que confiaran en la dirección burguesa hasta que esa misma dirección los aplastó físicamente en la famosa masacre de Shanghai; retrasaron la aparición de los soviets cuando era necesario convocarlos; organizaron apresuradamente soviets artificiales cuando la revolución había sufrido una derrota, etc. ¿O qué decir de la Alemania de los años treinta? ¿Qué de la intransigente negativa de la dirección del Partido Comunista de Alemania a formar un frente único con la socialdemocracia para derrotar al nazismo? Incluso algunos de los procesos que tuvieron lugar tras la muerte de Trotsky se desarrollaron según este esquema que tan bien trazó: el llamamiento del Partido Comunista de Italia a los trabajadores a entregar las armas y reconstruir el Estado burgués tras la victoria sobre Mussolini, procesos similares en Francia y Grecia en la inmediata posguerra, la postura del Partido Comunista de Cuba frente a la dictadura de Batista, etc. Hay muchos otros ejemplos. Las traiciones han existido en la historia y no se puede negar. La cuestión es si lo explican todo. Ya llegaremos a eso.

Nuestra primera y provisional conclusión, por tanto, es que la idea de una «crisis de dirección del proletariado» fue una conquista programática y teórica que ayuda a explicar muchos fracasos revolucionarios del siglo XX. Quizá no lo explique todo, pero no es necesario. En general, puede decirse que el siglo XX estuvo marcado por esta flagrante contradicción. Por un lado, gigantescos estallidos revolucionarios que desafiaban la dominación burguesa e imperialista. Por otro, una dirección que estaba dispuesta a todo para preservar la fuente de su poder (la dominación burocrática de la URSS) y que, para ello, tenía como estrategia la coexistencia pacífica con el imperialismo y la competencia económica, pero no la revolución. En los países donde esta dirección perdió su hegemonía sobre las masas, ocurrieron cosas increíbles, como en China en 1949 y en Cuba en 1959. Pero fueron excepciones.

## ¿Por qué esta idea ya no es apropiada?

¿Qué ocurrió en el siglo XX y principios del XXI que anuló esta idea tan central para Trotsky? Muchas cosas. Veamos.

En los años 70 comienza la crisis del sistema socialista mundial, fruto del aislamiento al que se refería Trotsky en su

teoría de la revolución permanente. China encuentra una salida promoviendo reformas que introducen elementos de capitalismo en la economía (aquí no importa si China es ahora capitalista o no). La URSS hizo lo mismo a mediados de la década de 1980 (*perestroika*), pero el resultado fue más caótico: disolución del Estado, independización de cada una de las 15 repúblicas soviéticas y restauración del capitalismo en todas ellas. Como resultado, el «bloque socialista» se desmoronó y el capitalismo también se restauró allí, más o menos como en la URSS, es decir, violenta y abruptamente y con el apoyo de las masas. Alemania se reunifica sobre bases capitalistas y Estados Unidos emergió victorioso de la Guerra Fría.

Estos gigantescos acontecimientos tienen un profundo impacto en la conciencia de las masas y en la propaganda imperialista. El socialismo es visto como un modelo fracasado. La democracia burguesa empieza a verse como el único horizonte posible y las masas ya no esperan un cambio radical en sus vidas, sino pequeñas reformas y mejoras parciales. A veces ni siquiera eso.

Junto a esto, se producen cambios estructurales. Se produce una reestructuración productiva. La clase obrera se fragmenta, individualiza y atomiza. Surge el neoliberalismo. Se destruyen los servicios sociales, el Estado se recorta y deja de prestar muchos servicios sociales que daban a la vida un sentido de colectividad. El desempleo y el desánimo se convierten en parte del paisaje normal de la sociedad. Después, la precariedad (externalización) y, más recientemente, la uberización de los empleos. La clase trabajadora «clásica» (fabril) se descompone, se desestructura, se vuelca en las apps, las bicicletas Glovo y los coches Uber. La economía —y con ella la clase trabajadora— se plataformiza.

El movimiento sindical está en crisis y tiene enormes dificultades para organizar a la gente. Las desafiliaciones son masivas. Los sindicatos se vuelven ajenos a la clase trabajadora y a su vida cotidiana. Pocos responden a sus convocatorias. La propaganda neoliberal enfrenta a unos trabajadores con otros. Los huelguistas son «vagos», sobre todo los empleados públicos, que son «privilegiados» y «no quieren trabajar».

La ultraderecha se organiza y resurge en la escena mundial como una fuerza arrolladora, impulsada por las redes sociales, donde la presencia de la izquierda sigue siendo muy minoritaria. El neofascismo gana elecciones en países importantes y amenaza a otros.

Todo esto se refleja en la «dirección» de la clase. Las comillas no son casualidad. ¿Se puede hablar realmente de una «dirección» en estas condiciones? Algunos partidos socialdemócratas conservan una influencia política significativa, pero es difícil decir que «dirigen» a la clase. Su inserción social no tiene nada que ver con la de la primera mitad del siglo XX. Lo mismo ocurre con los partidos comunistas. Algunos se han convertido en sectas anacrónicas, otros se han adaptado a la democracia burguesa profundizando el proceso de socialdemocratización que se viene dando desde los años 70 con el eurocomunismo, otros pocos han encontrado salidas políticas y siguen resistiendo pero son tan marginales como el resto de la izquierda radical.

Pensemos de nuevo en la frase de Trotsky: «En todos los países, el proletariado se ve sacudido por una profunda angustia. Masas de millones de hombres emprenden constantemente el camino de la revolución. Pero en cada una de estas ocasiones, chocan con sus propios aparatos burocráticos conservadores». ¿Millones de hombres emprenden constantemente el camino de la revolución? ¿Son las direcciones traidoras, burocráticas y reformistas el principal obstáculo al que se enfrentan? ¿Las masas están dispuestas a ir más allá de la democracia burguesa, pero los procesos revolucionarios «son desviados»? ¿Es así en nuestra vida cotidiana? ¿Fracasan las huelgas porque son traicionadas? De nuevo, no negamos que existan traiciones, pero ¿es éste el principal problema de la actual etapa histórica? ¿O es la dispersión, la confusión, la apatía, el individualismo, la alienación, la inmovilidad y la falta de perspectivas? ¿Desean ardientemente las masas superar la sociedad capitalista, pero son engañadas por su «dirección»? ¿Sus luchas tienden hacia el socialismo, pero son constantemente traicionadas por estalinistas y reformistas?

Recordemos las últimas asambleas a las que hemos asistido. ¿Cuántas veces la dirección sindical, apoyada por todos los partidos de izquierda, ha intentado construir una movilización, pero ha sido en vano? ¿Fueron las «direcciones mayoritarias» las culpables? ¿En todos los casos? ¿Estamos seguros de ello? Bueno, todo activista sabe que construir una movilización es una de las cosas más difíciles que hay. El cargo de dirigente sindical puede ofrecer algunas ventajas, pero no resuelve el problema de la voluntad de lucha de un sector. Hay que construir la movilización con meses de antelación, sondear los sectores, publicar boletines, postear en las redes, negociar con las direcciones de los sindicatos aliados, pactar, ceder, adaptar el discurso. A veces funciona. A veces no.

Nada más lejos de la realidad que «masas de millones de personas» que «emprenden sin cesar el camino de la revolución» y que, en ese camino, «chocan con sus propios aparatos conservadores». Hay que reconocer que esto ya no es así.

## Entonces, ¿cuál es la crisis?

Los que defienden que la idea central del Programa de Transición sigue siendo válida argumentan que lo que ha ocurrido es una «profundización» de la crisis de dirección del proletariado. Esto explicaría fenómenos como el neofascismo, el Estado Islámico, el desastroso resultado del levantamiento de la plaza Maidan en Ucrania, el desenlace de junio de 2013 en Brasil, el fiasco de la nueva constitución chilena y otras «paradojas» en el terreno de la dirección política de las masas. Por lo tanto, el paradigma trotskista seguiría siendo válido, sólo que más agudo. Un argumento interesante, pero es contorsionismo lógico. Esta reconfortante respuesta ignora los procesos que tienen lugar en el seno de la propia clase obrera: su desintegración física, política, económica, social y cultural. Ignora también las consecuencias de la profunda regresión en la conciencia de las masas: el rechazo de los partidos, de la izquierda, de los sindicatos, la apelación religiosa, el individualismo, la ideología del emprendedurismo, la negación de las luchas colectivas, el abandono de la perspectiva socialista.

La característica determinante de la etapa histórica que vivimos no es, pues, la «crisis de dirección del proletariado», sino una crisis del propio proletariado. Esta crisis, que podríamos llamar crisis de subjetividad, producto de la realidad que hemos descrito anteriormente, se traduce en una profunda regresión de la conciencia y de la voluntad de lucha. El proletariado sigue existiendo como «clase en sí», es decir, nunca ha sido tan amplio, tan productivo, tan importante socialmente, tan internacional, tan conectado económicamente. Pero el proletariado ha perdido la dimensión que llamamos «para sí». Ni siquiera se ve a sí mismo como una clase social distinta, separada de la burguesía o de la pequeña burguesía y de la clase media, mucho menos como una clase con intereses propios, ni se piensa a sí mismo como portador de una nueva sociedad, del socialismo.

Obviamente, las luchas continúan porque el capitalismo sigue existiendo, pero nunca han sido tan defensivas, tan confusas y tan limitadas en su perspectiva estratégica. Esto no puede atribuirse fundamentalmente a la dirección, aunque la dirección —¡cuando existe!— puede desempeñar un papel. Hay que cavar más hondo. Y ahí en el fondo, si escarbamos lo suficiente, está la crisis subjetiva del proletariado.

## ¿Cuál es la tarea del período histórico?

La tarea del período histórico viene determinada por la característica más general del mismo. La tarea elaborada en el Programa de Transición era superar la crisis de dirección del proletariado mediante la movilización permanente de las masas y la lucha por la dirección. La tarea del actual período histórico es recomponer la subjetividad histórica del proletariado. Para ello, necesitamos desandar el camino ya recorrido. Necesitamos acompañar a la clase obrera en su nueva (vieja) experiencia histórica: alentar las luchas mínimas y la organización, reconstruir los lazos de clase,

## **No vivimos una «crisis de dirección del proletariado», sino una crisis del propio proletariado**

---

promover la conciencia, el internacionalismo, la unidad para luchar, la independencia de clase. El proletariado necesita primero entenderse como clase. Ese es el primer paso. Luego formular sus intereses y luchar por ellos.

Hay que aprovechar las luchas reales (contra la opresión, por el planeta, por los derechos, etc.) para reconstruir en el proletariado la idea de identidad de clase y de oposición a los intereses de la burguesía. Por supuesto, hay que seguir interviniendo en las organizaciones de clase existentes, pero con una perspectiva más paciente, menos ultimativista y más educativa.

Es decir, hay que promover experiencias: luchas y movimientos contra la opresión, asociacionismo vecinal, cultura, territorios, emergencia climática, sindicatos, disputas en internet, conquista de escaños parlamentarios, agitación y propaganda no restringida por algoritmos, etc. Todo lo que ayude a recuperar la conciencia de clase que se ha perdido debido a un profundo cambio histórico. Junto a las luchas, fomentar todo tipo de autoorganización de las masas.

Eso significa que no es una lucha para mañana. Es la tarea de nuestras vidas. Tenemos que abandonar la idea de la inminencia de la revolución y lo que de ella se deriva: la lucha de «todos contra todos» dentro de la izquierda, la disputa desenfrenada por el liderazgo como si eso lo resolviera todo. Tenemos que avanzar hacia la actividad colaborativa, aunque las distinciones entre organizaciones, programas y estrategias sigan —y deban seguir— siendo las mismas. Pero la idea de que toda organización revolucionaria es un pequeño partido bolchevique dirigido por un pequeño Lenin que lanza sus pequeñas Tesis de Abril contra los pequeños conciliadores en los soviets... esta idea infantil necesita ser superada.

A veces decimos que la regresión histórica nos ha devuelto a una situación similar a la que teníamos durante la Primera Internacional. Esto es cierto, pero debemos sacar todas las conclusiones de esta frase. El período de la Primera Internacional fue un período de construcción de la subjetividad histórica de la clase. La «clase en sí» se convirtió gradualmente en la «clase para sí» a medida que su organización y su concentración económica se encontraban con la educación y la agitación política. Marx y Engels lucharon hasta las últimas consecuencias por la victoria de la revolución cuando ésta se produjo (Primavera de los Pueblos de 1848, Comuna de París de 1871). Pero, en general, vivieron fuera de su tiempo. Estaban «fuera de fase», como se dice en la serie Star Trek cuando un objeto habita un tiempo distinto del que le es natural. Estamos en la misma situación. La distinción entre reformistas y revolucionarios es necesaria porque concierne a la estrategia. Necesitamos preservar un programa, una tradición, un objetivo final porque el tiempo en que vivimos pasará. No queremos reformar el capitalismo. Pero esta distinción no puede significar la autofagia destructiva que vemos hoy. El momento histórico exige una amplia colaboración entre las distintas fuerzas de la izquierda. Las tácticas defensivas y unitarias adquieren una importancia primordial porque es en la lucha real donde la clase obrera recuperará su instinto perdido.

Esto no disminuye sino que, por el contrario, aumenta la necesidad de organizaciones revolucionarias marxistas cohesionadas e internacionalistas, formadas por militantes activos y radicalmente democráticas en su seno. Pero estas organizaciones sólo crecerán si buscan vincularse con el movimiento real e imperfecto de la clase obrera, de los explotados y oprimidos. Este movimiento es esencialmente reformista, no tiende hacia los revolucionarios, rechaza nuestra estrategia y está lleno de contradicciones y peligros. Pero es lo más importante.

La causa del socialismo tiene prisa porque la vida humana es corta y el capitalismo lleva al mundo a la destrucción. Pero nosotros no dictamos el ritmo de la historia. No depende de nuestra voluntad. Depende de la conciencia y la acción de una clase, una clase que ha sufrido una profunda derrota histórica. Tenemos que encontrar el camino a seguir. Estamos empezando a hacerlo. Estamos aprendiendo a vivir en la nueva situación. Hemos reaprendido la importancia de la cuestión racial, el papel de la reproducción social en el mecanismo de dominación capitalista, el peso de la opresión regional y LGBTQI en la división y alienación de clase. Empezamos a estudiar el clima, las cuestiones indígenas, las redes sociales y a entender en qué tipo de países vivimos.

## **No vivimos una «crisis de dirección del proletariado», sino una crisis del propio proletariado**

---

A escala histórica, el siglo XX y este primer cuarto del siglo XXI no son tan grandiosos. Los primeros embriones de la burguesía surgieron en el siglo XIII. Tardó unos 400 años en hacer su primera revolución y otros 200 en consolidar su poder y su proyecto de sociedad. Retrocedió, avanzó, volvió a retroceder, finalmente venció, se enfrentó al proletariado, sobrevivió y sigue dominando. Esto llevó unas cuantas generaciones. Las grandes transformaciones históricas son así. Los revolucionarios son los que hacen y viven la revolución. Pero también lo son los que luchan por una revolución futura, porque no luchamos por nosotros mismos. Luchamos por esta increíble experiencia cósmica llamada humanidad, que ocupa mucho más tiempo que nuestras vidas. Esta es la dimensión de nuestro proyecto. Nos hicimos humanos el día en que, en lugar de agarrar la presa con nuestras propias manos, como nos dictaba nuestro instinto, nos sentamos a picar una piedra y fabricar una herramienta más adecuada y eficaz. En eso consiste ser humano: en prepararse para el futuro. Abandonar el paradigma de la «crisis de dirección» es el primer paso para seguir el camino preparado por quienes nos precedieron y que tanto nos han enseñado.